



ÁNGELUS □ *Meditación mariana del Santo Padre Benedicto XVI el día 3 de diciembre, I domingo de Adviento*

Mi viaje a Turquía ha sido una inolvidable experiencia espiritual y pastoral

«Dios acompañó desde el principio mi peregrinación apostólica a Turquía, que concluí felizmente. Pongo en manos del Señor los frutos que espero broten de ella tanto por lo que atañe a las relaciones con nuestros hermanos ortodoxos como al diálogo con los musulmanes»

(Audiencia general del miércoles 6 de diciembre)



«Los viajes pastorales del Papa contribuyen a realizar su misión, que se desarrolla en círculos concéntricos. En el más interno, confirma a los católicos en la fe; en el intermedio, se encuentra con los demás cristianos; y en el más externo se dirige a los no cristianos y a la humanidad entera»

(Audiencia general del miércoles 6 de diciembre)

Durante la alocución antes de rezar el Ángelus, el domingo 3 de diciembre, Su Santidad aludió a su reciente viaje a Turquía. En nuestro número anterior informamos sobre la primera jornada de ese importante viaje; en las páginas 3-11 de este número publicamos la crónica y los discursos pronunciados por Su Santidad en el resto de la peregrinación apostólica. He aquí las palabras del Papa:

Queridos hermanos y hermanas:

Deseo dar gracias al Señor una vez más, juntamente con vosotros, por el viaje apostólico que en los días pasados realicé a Turquía: en él me sentí acompañado y sostenido por la oración de toda la comunidad cristiana. A todos expreso mi cordial agradecimiento. El miércoles próximo, durante la audiencia general, tendré la posibilidad de hablar más extensamente de esta inolvidable experiencia espiritual y pastoral, de la que espero que broten frutos de bien para una cooperación cada vez más sincera entre todos los discípulos de Cristo y para un diálogo fecundo con los creyentes musulmanes. Ahora deseo renovar mi gratitud a quienes organizaron

el viaje y contribuyeron de diversas maneras a su desarrollo pacífico y fructuoso. Dirijo un saludo especial a las autoridades de Turquía y al pueblo turco, amigo, que me dispensó una acogida digna de su tradicional espíritu de hospitalidad.

Quisiera recordar con afecto y agradecimiento sobre todo a la querida comunidad católica que vive en Turquía. Pienso en ella este domingo al entrar en el tiempo de Adviento. Pude encontrarme y celebrar la santa misa juntamente con estos hermanos y hermanas nuestros, que se encuentran en una situación a menudo difícil. Es verdaderamente un pequeño rebaño, variado, lleno de entusiasmo y de fe, que —podríamos decir— vive de forma constante e intensa la experiencia del Adviento, sostenida por la esperanza.

En Adviento la liturgia con frecuencia nos repite y nos asegura, como para vencer nuestra natural desconfianza, que Dios «viene»: viene a estar con nosotros, en todas nuestras situaciones; viene a habitar en medio de nosotros, a vivir con nosotros y en nosotros; viene a colmar las distancias que nos dividen y nos separan; viene a reconciliarnos con él y entre

nosotros. Viene a la historia de la humanidad, a llamar a la puerta de cada hombre y de cada mujer de buena voluntad, para traer a las personas, a las familias y a los pueblos el don de la fraternidad, de la concordia y de la paz.

Por eso el Adviento es, por excelencia, el tiempo de la esperanza, en el que se invita a los creyentes en Cristo a permanecer en una espera vigilante y activa, alimentada por la oración y el compromiso concreto del amor. Ojalá que la cercanía de la Navidad de Cristo llene el corazón de todos los cristianos de alegría, de serenidad y de paz.

Para vivir de modo más auténtico y fructuoso este período de Adviento, la liturgia nos exhorta a mirar a María santísima y a caminar espiritualmente, junto con ella, hacia la cueva de Belén. Cuando Dios llamó a la puerta de su joven vida, ella lo acogió con fe y con amor. Dentro de pocos días la contemplaremos en el luminoso misterio de su Inmaculada Concepción. Dejémosnos atraer por su belleza, reflejo de la gloria divina, para que «el Dios que viene» encuentre en cada uno de nosotros un corazón bueno y abierto, que él pueda colmar de sus dones.

